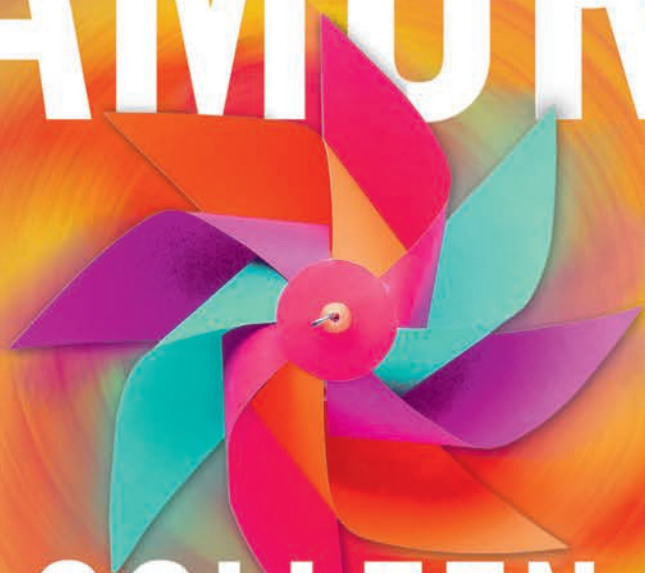


PRIMER AMOR



COLLEEN
HOOVER

POR LA AUTORA DE *ROMPER EL CÍRCULO*

COLLEEN HOOVER

PRIMER AMOR

Traducción de Lara Agnelli

Verano de 2015

Un retrato de la madre Teresa adorna la pared del salón en el espacio donde colocaríamos el televisor si pudiéramos permitirnos uno de esos que se cuelgan de la pared o, para empezar, una casa con paredes que pudieran sostener el peso del televisor.

Las paredes de las caravanas no son del mismo material que las de las casas normales. En una casa rodante, las paredes se desmenuzan como si fueran de tiza si se te ocurre rascarlas.

Una vez le pregunté a mi madre, Janean, por qué había colgado una foto de la madre Teresa en el salón.

—Lo de esa zorra mentirosa era un fraude —respondió.

Lo dijo ella, no yo.

Creo que, cuando eres un mal bicho, buscar la maldad en otros se convierte en una táctica de supervivencia o algo así. Te fijas solo en las partes más turbias de los demás con la esperanza de que tus partes oscuras queden disimula-

das. Así ha pasado mi madre toda su vida: siempre buscando lo peor en los demás, incluso en su propia hija.

«Incluso en la madre Teresa.»

Janean está tumbada en el sofá, en la misma posición en que la dejé cuando me fui a trabajar al McDonald's hace ocho horas. Tiene la vista fija en el retrato de la madre Teresa, pero no la está mirando. Es como si sus ojos hubieran dejado de funcionar.

Como si hubieran dejado de absorber lo que tienen delante.

Janean es toxicómana. Me di cuenta hace tiempo, con nueve años más o menos, pero por aquella época sus adicciones se limitaban a los hombres, el alcohol y el juego.

Con los años, sus adicciones se fueron volviendo más evidentes, y mucho más mortíferas. Debía de tener unos catorce años cuando la vi chutarse cristal por primera vez. En el momento en que una persona empieza a consumir cristal, su esperanza de vida se acorta drásticamente. Una vez lo busqué en Google, en el ordenador de la biblioteca: «¿Cuánto tiempo puede vivir una persona adicta al cristal?».

De seis a siete años, fue la respuesta.

Me la he encontrado inconsciente varias veces estos últimos años, pero esta vez es distinto; tengo la sensación de estar ante algo definitivo.

—¿Janean?

Mi voz suena demasiado calmada en un momento como este. Siento que debería sonar temblorosa o incluso que tendría que haberme quedado temporalmente muda,

lo que me hace sentirme un poco avergonzada por mi falta de reacción.

Dejo caer el bolso a mis pies sin apartar la vista de su cara en ningún instante. Fuera está lloviendo y ni siquiera he cerrado la puerta, por lo que me sigo mojando, pero cerrarla para protegerme la espalda de la lluvia es lo que menos me preocupa en estos momentos, mientras observo a Janean observar a la madre Teresa.

Janean tiene un brazo cruzado sobre el estómago y el otro colgando. Los dedos le rozan la alfombra gastada casi con delicadeza. Está un poco hinchada, lo que la hace parecer más joven. No es que le quite años —solo tiene treinta y nueve—, sino que se ve más joven de lo que las adicciones la hacían aparentar. No tiene las mejillas tan chupadas y las arrugas que se le habían formado alrededor de la boca en estos últimos años parecen haberse rellenado, como si se hubiera inyectado bótox.

—¿Janean?

Nada.

Tiene la boca entreabierta, y puedo ver los dientes que le quedan, amarillentos y destrozados. Es como si hubiera estado a media frase cuando la vida la abandonó.

Me había imaginado este momento más de una vez. A veces, cuando odias mucho a alguien, no puedes evitar darle vueltas a la cabeza por la noche y preguntarte cómo sería la vida si esa persona estuviera muerta.

Me lo había imaginado muy distinto, mucho más dramático.

Sigo observándola unos instantes, por si estuviera en trance o algo parecido. Cuando al fin me acerco a ella, me

detengo en seco al verle el brazo, y la aguja que le cuelga a la altura del pliegue del codo.

Y es esa imagen la que me hace ser consciente del momento. La realidad es como una sustancia viscosa que me da un baño y me cubre por completo. Cuando me asaltan las náuseas, me doy la vuelta y salgo corriendo de la caravana. Tengo ganas de vomitar, por lo que me inclino sobre la barandilla podrida, con cuidado de no apoyar demasiado peso para que no se venza.

En cuanto vomito, siento un gran alivio porque, al menos, puedo dejar de preocuparme por mi falta de reacción en este instante trascendental. Tal vez no esté tan histérica como una hija debería estar en este momento, pero al menos siento algo.

Me limpio la boca con la manga de la camisa del McDonald's y me siento en los escalones, pese a que la lluvia que cae en esta noche despiadada sigue golpeándome con fuerza.

Tengo el pelo empapado, igual que la ropa o que la cara, aunque el torrente líquido que se desliza por mis mejillas no son lágrimas, sino gotas de lluvia.

Tengo los ojos mojados, pero el corazón seco.

Cierro los ojos y hundo la cara entre las manos mientras trato de decidir si mi indiferencia se debe a mi educación o si ya nací rota.

Me pregunto qué tipo de educación es peor para un ser humano: una en la que te protegen y te quieren tanto que no te dejan darte cuenta de lo cruel que es el mundo hasta que es demasiado tarde para aprender a sobrevivir, o la que tuve yo: la versión más fea de una familia, en la que lo único que aprendes es a sobrevivir.

Cuando todavía no tenía edad para trabajar, pasé muchas noches despierta, porque tenía tanta hambre que no podía dormir. Janean me había contado que los rugidos que oía en mi tripa los causaba un gato famélico que vivía dentro de mí y que protestaba cada vez que estaba hambriento. Después de que me dijera aquello, cada vez que tenía hambre me imaginaba al gato buscando una comida que no iba a encontrar. Tenía miedo de que me devorara las entrañas si no le daba de comer, y por eso a veces tragaba cosas que no eran comestibles para calmar al gato hambriento.

Una vez me dejó tanto tiempo sola que me comí las pieles de plátano y las cáscaras de huevo de la basura. Mastiqué también el relleno del cojín del sofá, pero era demasiado difícil de tragar. Pasé casi toda mi infancia aterrada, con miedo de que ese gato muerto de hambre me estuviera devorando poco a poco desde dentro.

En realidad, no sé cuánto tiempo pasaba fuera Janean; tal vez no fuera más de un día, pero el tiempo se alarga cuando eres una niña y estás sola en casa.

Recuerdo que, cuando volvía tambaleándose, se tumbaba en el sofá y permanecía allí horas y horas. Yo me dormía hecha un ovillo en la otra punta, porque me daba miedo dejarla sola.

Por la mañana, cuando nos despertábamos tras la noche de borrachera, preparaba el desayuno en la cocina. No tenía por qué ser un desayuno tradicional. A veces eran guisantes, otras veces huevos o una lata de sopa de pollo con fideos.

A los seis años, más o menos, empecé a prestar aten-

ción a lo que hacía en la cocina por las mañanas, para poder prepararme algo la próxima vez que desapareciera.

Me pregunto cuántos niños de seis años tienen que aprender solos cómo funciona la cocina por miedo a que, si no lo hacen, morirán devorados por su famélico gato interior.

Supongo que la vida es una lotería. La mayoría de los niños tienen padres a los que añorarán cuando se mueran, pero a otros nos tocan padres que lo mejor que pueden hacer por sus hijos es morir.

Y sí, mi madre está en el segundo grupo.

Buzz me ha dicho que podía sentarme en el coche de policía para no mojarme mientras sacaban el cadáver de la caravana. Aturdida, he contemplado cómo se la llevaban en una camilla, cubierta por una sábana blanca, y la metían en la parte trasera de la furgoneta del forense. Ni siquiera se han molestado en llamar a una ambulancia. ¿Para qué? Casi todos los menores de cincuenta años que mueren en esta ciudad lo hacen por las adicciones.

Da igual a qué estén enganchados, todas las adicciones resultan mortales al final.

Apoyo la cara en la ventanilla del coche y alzo la mirada al cielo, pero hoy no hay estrellas. Ni siquiera se ve la luna. De vez en cuando, un relámpago ilumina los nubarrones negros.

«Muy adecuado.»

Buzz abre la puerta trasera del coche patrulla y se inclina hacia mí. La tormenta ha amainado y la lluvia se ha

transformado en una especie de niebla. Tiene la cara mojada, pero da la sensación de que está sudado.

—¿Necesitas que te lleve a alguna parte? —me pregunta, y yo niego con la cabeza—. ¿Tienes que llamar a alguien? Puedes usar mi teléfono.

Vuelvo a negar en silencio.

—Estaré bien. ¿Puedo entrar ya?

No es que me apetezca volver a la caravana donde mi madre acaba de exhalar su último aliento, pero ahora mismo no tengo una opción mejor.

Buzz se aparta del coche y abre un paraguas, aunque la tormenta ha pasado y yo ya estoy empapada, pero me sigue, sosteniendo el paraguas sobre mi cabeza mientras me dirijo a casa.

A Buzz apenas lo conozco. No puedo decir lo mismo de su hijo, Dakota, al que conozco a muchos niveles, demasiados.

Me pregunto si Buzz sabrá qué clase de hijo ha criado. El padre me parece un tipo decente, que nunca nos ha dado demasiado por saco, ni a mi madre ni a mí. A veces, mientras patrulla por el aparcamiento de caravanas, se detiene frente a la nuestra y me pregunta cómo estoy. Cada vez que me lo pregunta, tengo la sensación de que espera que algún día le ruegue que me saque de allí, pero no lo hago, porque las personas como yo somos expertas en fingir que todo va bien. Siempre le sonrío y le aseguro que estoy estupendamente, a lo que él reacciona con un suspiro de alivio, como si me agradeciera no tener que llamar al Servicio de Protección a la Infancia.

Una vez dentro de casa, la vista se me va hacia el sofá. Lo veo distinto.

«Como si alguien acabara de morir en él.»

—¿Necesitas algo? —me pregunta Buzz.

Al volverme, veo que está esperando junto a la entrada, con el paraguas sobre la cabeza. Trata de transmitirme compasión con la mirada, pero noto que en realidad está pensando ya en el papeleo que le va a tocar rellenar.

—No gracias, todo bien.

—A partir de mañana ya puedes ir a la funeraria para organizar el funeral. Han dicho que a partir de las diez.

Asiento en silencio, pero él no se va. Permanece en el umbral, cambiando el peso de un pie al otro. Cierra el paraguas fuera de la casa, como si fuera supersticioso, y da un paso al frente.

—Una cosa —añade mientras arruga el ceño con tanta fuerza que la calva le desborda la frente—. Si no vas a la funeraria, lo tramitarán como un entierro de beneficencia. No le harán ningún tipo de funeral, pero al menos no te pasarán la factura.

Parece avergonzado de habérmelo sugerido. Alza la mirada hacia la madre Teresa y agacha la cabeza al momento, como si la religiosa lo hubiera reñido.

—Gracias.

¿Qué más da? Dudo mucho que alguien apareciera si le organizara un funeral.

Es triste, pero es la verdad. Mi madre era una persona solitaria. Sí, ya, coincidía en el bar de siempre con la peña habitual que lo frecuentaba. Llevaba yendo al mismo sitio unos veinte años, pero esa gente no eran sus amigos; no

eran más que un grupo de solitarios que se buscaban para compartir sus soledades.

Además, cada vez son menos por culpa de la adicción que está devastando la ciudad. Y el tipo de gente con la que pasaba el rato no son de los que suelen asistir a funerales. Muchos de ellos tienen órdenes de arresto en vigor y evitan acudir a cualquier tipo de acto público por si es una trampa de la policía para efectuar una redada.

—¿Has de llamar a tu padre? —me pregunta.

Lo observo en silencio. Sé que es lo que acabaré haciendo, pero me pregunto hasta cuándo podré retrasar el momento.

—Beyah —añade, pronunciándolo «Biya».

—Se pronuncia «Beiya».

No sé por qué me molesto en corregirlo. Ha pronunciado mal mi nombre toda la vida y hasta ahora nunca me había molestado en decirle nada.

—Beyah. —Esta vez lo pronuncia bien—. Sé que no es asunto mío, pero deberías irte de aquí. Ya sabes lo que le pasa en este pueblo a la gente como... —Se detiene, como si lo que está a punto de decir fuera a resultarme ofensivo, así que acabo yo por él.

—¿La gente como yo?

Parece todavía más avergonzado que antes, aunque sé que lo decía en sentido amplio: gente con madres como la mía, pobres que no tienen medios para salir de este pueblo, personas que acaban trabajando en restaurantes de comida rápida hasta que se sienten muertos por dentro y el cocinero les ofrece una dosis de algo que hace que el resto de la jornada sea tan estimulante como una noche en

la discoteca. Y, antes de que se den cuenta, ya no pueden pasar ni un segundo de su miserable vida sin meterse algo. Conseguir esa sensación empieza a ser más importante que la seguridad de su hija, y, al final, llega un día en que se inyectan la sustancia directamente en la vena y se mueren de manera accidental con la vista fija en la madre Teresa, cuando lo único que buscaban era escapar de la fealdad de la vida.

Buzz parece muy incómodo. Ojalá se marchara de una vez. Siento más pena por él que por mí, a pesar de que soy yo la que acaba de encontrar a su madre muerta en el sofá.

—No conozco a tu padre, pero sé que ha estado pagando el alquiler de la caravana desde que naciste. Y ya solo por eso sé que es mejor para ti estar con él que quedarte en este pueblo. Si tienes una oportunidad, debes aprovecharla. Esta vida que has estado viviendo... no es buena para ti. Te mereces algo mejor.

Creo que eso es lo más amable que me han dicho en la vida. Y tenía que salir justamente de la boca del padre de Dakota.

Me observa callado, como si quisiera añadir algo o como si esperara a que lo dijera yo, pero la caravana permanece en silencio hasta que se va. Por fin.

Cuando cierra la puerta, me vuelvo hacia el sofá y sigo contemplándolo. Lo observo durante tanto tiempo que siento como si hubiera entrado en una especie de trance. Es flipante cómo puede cambiar la vida en el intervalo que va desde que te levantas hasta que te acuestas.

Por mucho que odie admitirlo, Buzz tiene razón: no

puedo quedarme aquí. No tenía intención de hacerlo, pero contaba con poder prepararme durante el verano.

Llevo tiempo partiéndome la espalda para poder largarme. Mi idea era subir a un autobús de línea que me llevara a Pensilvania en cuanto llegara agosto.

Me han concedido una beca universitaria en la Penn State, donde podré alternar mis estudios con el voleibol. En agosto abandonaré esta vida por mis propios méritos, y no será por nada que mi madre haya hecho por mí ni porque mi padre me haya pagado la fianza para salir de esta cárcel que es mi pueblo. Por MIS méritos.

Quiero que la victoria sea MÍA.

Quiero que la responsable de que mi vida sea como va a ser sea YO.

No permitiré que le adjudiquen a Janean el mérito de cualquier cosa buena que pueda pasarme en el futuro. No le conté que había conseguido la beca de voleibol; no se lo he contado a nadie. Le hice jurar a mi entrenador que lo mantendría en secreto, que no aparecería anunciado en la revista del instituto ni en el anuario.

Tampoco le dije nada a mi padre. No creo que ni siquiera sepa que juego al voleibol. Mis entrenadores se encargaron de que no me faltara nada, ni material ni uniforme. Era demasiado buena para perderme como miembro del equipo por culpa de mi situación económica.

Nunca les he pedido a mis padres nada que tuviera que ver con el voleibol. La verdad es que me resulta raro referirme a ellos como «mis padres». Me dieron la vida, pero eso es lo único que he recibido de ellos.

Soy el fruto de un rollo de una noche. Mi padre vivía en Washington, pero estaba en Kentucky de viaje de negocios cuando conoció a Janean. Yo ya había nacido y tenía tres meses cuando él se enteró de que la había dejado embarazada. Se enteró de que era padre cuando Janean le envió los papeles para reclamarle una pensión alimenticia.

Solía venir a verme una vez al año hasta que cumplí cuatro años. A partir de entonces me enviaba un billete de avión para que fuera a visitarlo a Washington.

No sabe nada de mi vida en Kentucky ni de las adicciones de mi madre. Tampoco sabe nada de mí, aparte de lo que le cuento, que es poca cosa.

Soy muy reservada en todas las facetas de la vida.

Los secretos son mi única moneda de cambio.

No le he contado nada a mi padre sobre la beca por lo mismo que tampoco se lo dije a mi madre: porque no quiero que se sienta orgulloso de tener una hija que ha conseguido algo en la vida. No merece sentirse orgulloso de una hija a la que dedica tan poco tiempo y esfuerzo. Piensa que un cheque mensual y alguna llamada esporádica a mi trabajo disimulan el hecho de que no me conoce en absoluto, pero no es verdad.

«Es el clásico padre que solo ejerce dos semanas al año.»

La gran distancia que nos separa en el mapa es la excusa perfecta para no estar presente en mi vida. Solía pasar quince días en su casa cada verano a partir de los cuatro años, pero hace ya tres que no nos vemos.

Al cumplir los dieciséis, mi equipo entró en la liga preuniversitaria y el voleibol pasó a ocupar un lugar más des-

tacado en mi vida. Llevo tres años poniéndole excusas para no ir a Washington en verano.

Él finge que la noticia le entristece.

Yo finjo estar ocupada y que me sabe mal no poder ir.

Lo siento, Brian, pero una pensión mensual te convier-
te en un hombre responsable, no en padre.

De repente alguien aporrea la puerta; me sobresalto y se me escapa un grito. Al volverme, veo al casero por la ventana del salón. Cualquiera otro día no le abriría la puerta a Gary Shelby, pero no estoy en posición de ignorarlo. Sabe que estoy despierta, ya que he tenido que usar su teléfono para llamar a la policía. Además, voy a necesitar ayuda para librarme del sofá, porque no lo quiero en casa ni un día más.

Cuando abro la puerta, Gary me entrega un sobre y me aparta de la puerta para entrar y protegerse de la lluvia.

—¿Qué es esto? —le pregunto.

—Orden de desahucio.

Si se tratara de cualquier otra persona, me sorprendería.

—Acaba de morir, literalmente. ¿No podías esperar una semana?

—Me debe tres meses de alquiler, y no alquilo a adolescentes. O firmamos un nuevo contrato con alguien mayor de veintiún años, o vas a tener que irte.

—Mi padre le paga el alquiler. ¿Cómo puede ser que te deba tres meses?

—Tu madre me dijo que le había dejado de enviar los cheques hace unos meses. Renaldo está buscando una caravana más grande, por lo que había pensado alquilarle esta.

—Eres un capullo, Gary.

Él se encoge de hombros.

—Son negocios. Ya le había enviado dos avisos. Estoy seguro de que tienes otro sitio adonde ir. No puedes quedarte aquí sola, solo tienes dieciséis años.

—Cumplí diecinueve la semana pasada.

—Da igual; si no tienes veintiuno, no puedes quedarte. Está en las condiciones del contrato, donde también pone que hay que pagar el alquiler.

Estoy segura de que un desahucio es un proceso largo que debe pasar por los tribunales antes de que me echen a la calle, pero es absurdo luchar cuando ni siquiera quiero seguir viviendo aquí.

—¿Cuánto tiempo tengo?

—Esta semana.

«¿Una semana?»

Tengo veintisiete dólares en el bolsillo y ningún lugar adonde ir.

—¿Puedo quedarme dos meses? Me iré a la universidad en agosto.

—Si no me debierais tres meses, tal vez me lo pensaría, pero no puedo permitirme regalarle a nadie casi medio año de alquiler.

—Menudo capullo —refunfuño.

—Sí, eso ya lo hemos dejado claro antes.

Repaso mentalmente la lista de potenciales amigas con las que podría vivir los próximos dos meses, pero Natalie se fue a la universidad el día después de la graduación, porque se había apuntado a cursos de verano. Y el resto, o bien han dejado los estudios y van camino de convertirse

en una versión de Janean, o tienen una familia que no permitiría que me instalara con ellos.

Está Becca, pero su padre es tan baboso que preferiría instalarme en casa de Gary.

Voy a tener que echar mano de mi último recurso.

—Tengo que hacer una llamada.

—Es tarde. Hazla mañana.

Le doy un empujón y bajo los escalones.

—¡Pues haber esperado a mañana para decirme que me echabas a la calle, Gary!

Me dirijo a su casa bajo la lluvia. Gary es el único de todo el parque de caravanas que tiene teléfono fijo, y, como los que vivimos aquí somos demasiado pobres para comprarnos un móvil, todos acabamos usando su teléfono. Al menos, los que están al corriente de alquiler y no salen huyendo cuando lo ven.

Ha pasado casi un año desde la última vez que llamé a mi padre, pero me sé su teléfono de memoria. Es un móvil y no ha cambiado de número en los últimos ocho años. Él me llama al trabajo una vez al mes, más o menos, pero suelo inventarme alguna excusa para no ponerme al teléfono. No tengo mucho de que hablar con un hombre al que apenas conozco y prefiero no charlar con él para no tener que soltarle las mentiras de siempre: «Mamá está bien, las clases van bien, el trabajo va bien, la vida me va bien».

El orgullo es como una cápsula gruesa, compacta, pero me lo trago y marco su número. Espero que me salte el buzón de voz, pero mi padre responde al segundo tono de llamada.

—Brian Grim al habla.

Tiene la voz ronca, lo he despertado. Me aclaro la garganta antes de hablar.

—Em, hola, papá.

—¿Beyah? —Ahora que sabe que soy yo, suena mucho más alerta, y también un poco preocupado—. ¿Qué pasa? ¿Va todo bien?

«Janean ha muerto.»

Lo tengo en la punta de la lengua, pero no soy capaz de pronunciarlo. Brian apenas conocía a mi madre y lleva tanto tiempo sin venir a Kentucky que la última vez que la vio todavía era bastante guapa y no parecía un esqueleto hueco y tambaleante.

—Sí, estoy bien.

Me parece raro comunicarle su muerte por teléfono. Prefiero decírselo en persona.

—¿Por qué me llamas tan tarde? ¿Qué pasa?

—Acabo el turno muy tarde y no siempre tengo un teléfono a mano.

—Por eso mismo te envié un móvil.

«¿Me envió un móvil?»

Ni siquiera me molesto en preguntarme qué pasó con él. Tengo claro que mi madre lo vendió a cambio de alguna de las sustancias que aún debe de tener en las venas.

—Mira —le digo—. Sé que hace tiempo que no nos vemos, pero ¿qué te parecería si fuera a visitarte antes de empezar la universidad?

—Claro, ven —responde sin dudar—. Dime qué día te va bien y te compro el billete de avión.

Miro a Gary, que está demasiado cerca observándome los pechos, por lo que le doy la espalda.

—¿Podría ser mañana?

Brian no responde, pero oigo ruidos, como si se estuviera levantando de la cama.

—¿Mañana? ¿Seguro que estás bien, Beyah?

Dejo caer la cabeza hacia atrás y cierro los ojos para volver a mentirle.

—Sí. Janean acaba de... Necesito un descanso... Y te echo de menos.

No lo echo de menos, apenas lo conozco, pero ahora mismo diría cualquier cosa a cambio de un vuelo que me saque de aquí.

Oigo sonido de teclas al otro lado de la línea, como si mi padre estuviera ante un ordenador. Lo oigo murmurar horarios y nombres de aerolíneas.

—Hay un vuelo de United Airlines a Houston mañana por la mañana. Tendrías que estar en el aeropuerto dentro de cinco horas. ¿Cuántos días piensas quedarte?

—¿A Houston? ¿Por qué a Houston?

—Vivo en Texas. Llevo viviendo aquí un año y medio.

Eso es algo que una hija debería saber de su padre. Menos mal que no se ha cambiado de móvil.

—Es verdad, lo había olvidado. —Me sujeto la nuca—. ¿Podrías comprar solo un billete de ida? No he decidido el tiempo que me quedará, quizá varias semanas.

—Sí, ahora mismo lo compro. Busca una delegación de United en el aeropuerto para que te impriman la tarjeta de embarque. Te esperaré en la salida de equipajes cuando aterrices.

—Gracias.

Cuelgo antes de que pueda decir nada más.

Cuando me doy la vuelta, Gary señala la puerta con el pulgar.

—Puedo llevarte al aeropuerto si quieres —me ofrece—, pero no te saldrá gratis.

Me dirige una sonrisa que me agria el estómago. Cuando Gary Shelby se ofrece a hacerle un favor a una mujer, nunca es a cambio de dinero.

Y si voy a tener que hacerle un favor a alguien a cambio de que me lleve al aeropuerto, prefiero hacérselo a Dakota que a Gary Shelby. A Dakota ya estoy acostumbrada. Por mucho que lo desprecie, sé que es un tipo de fiar.

Levanto el auricular de nuevo y marco el número de Dakota. Ya sé que no hace falta que llegue al aeropuerto hasta dentro de cinco horas, pero, si Dakota se duerme, seguramente no responderá al teléfono, por lo que más me vale ir ahora mismo.

Siento un gran alivio cuando Dakota responde al teléfono.

—¿Sí? —Suena adormilado.

—Hola, necesito un favor.

Él tarda unos segundos en responder:

—¿En serio, Beyah? Es noche cerrada.

Ni siquiera me pregunta qué necesito o si estoy bien. Lo que hace es enfadarse conmigo. Debería haberle puesto fin a lo que sea que haya entre nosotros en cuanto empezó.

Me aclaro la garganta.

—Necesito que me lleves al aeropuerto.

Lo oigo suspirar como si fuera una molestia para él. Sé que no lo soy. Tal vez para él no sea más que una transacción, pero al parecer soy una transacción de la que no se cansa.

Oigo el crujido de su colchón, como si se estuviera sentando en la cama.

—No tengo dinero.

—No quiero... No te llamo por eso. Necesito que me lleves al aeropuerto, por favor.

Dakota suelta un gruñido, pero luego dice:

—Dame media hora.

Cuando él cuelga, yo también.

Paso por delante de Gary y, al salir, cierro dando un portazo a la mosquitera.

Con los años he aprendido a no fiarme de los hombres. La mayoría de los tipos con los que he interactuado son versiones de Gary Shelby. Buzz es un tipo decente, pero no hay que olvidar que él creó a Dakota, que no es sino una versión más joven y atractiva del propio Gary Shelby.

He oído decir que existen hombres buenos, pero empiezo a pensar que es un mito. Durante un tiempo pensé que Dakota era de los buenos. De hecho, hay muchos como él, tipos que parecen normales por fuera, pero que esconden algo podrido que les recorre las venas bajo las capas de tejido epidérmico y subcutáneo.

De vuelta en mi casa, miro a mi alrededor y me pregunto si quiero llevarme algo. No tengo gran cosa que valga la pena meter en una maleta, así que guardo varias mudas de ropa, el cepillo del pelo y el de los dientes. Meto la ropa en

bolsas de plástico para que no se me mojen dentro de la mochila si no deja de llover.

Antes de dirigirme a la puerta para esperar a Dakota, descuelgo el retrato de la madre Teresa de la pared. Trato de meterlo en la mochila, pero no cabe, así que lo guardo en otra bolsa de plástico y salgo de casa con él.